

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

Tiranos auténticos

A escribir sobre los "Déspotas de ficción" en Iberoamérica, dije que la veracidad de la vida y del entorno social de muchos de los sátrapas reales es más fantasiosa, cruel y variopinta que la de los personajes de Alejo Carpentier, Gabriel García Márquez o Augusto Roa Bastos, que son los mejor conseguidos de una larga saga de dictadores de ficción, algunos de cuyos autores enumeré. Y repetí, machaconamente, que tan sólo Valle Inclán conseguía, con su "Tirano Banderas", lograr una invención literaria tan genial como la de la infausta figura de algunos de los dictadores que han existido y existen en diversas y desgraciadas repúblicas de América.

Casi todos ellos han sido aupados y apoyados por una parte más o menos importante de los ciudadanos de sus países, con el ejército nacional a su lado, amparados casi siempre por el Departamento de Estado norteamericano, por supuesto; y aunque aparezcan solos, nunca lo estuvieron: sería irreal, imposible.

Maximiliano Herrera fue dictador en El Salvador entre 1931 y 1944. Él y su gente se dedicaron a hacer desaparecer a más de diez mil campesinos en la zona de Izalca, pues molestaban para desarrollar un plan agrícola en el que Herrera y su camarilla tenían grandes intereses económicos: las fértiles colinas cafeteras. Se vendió a los intereses yanquis, ordenó disparar sobre estudiantes y huelguistas, toleró que sus huestes fusilaran, sin juicio alguno, a los opositores. Era muy popular; sí, señor.

Jorge Ubico, en Guatemala, sucedió a una serie de notables tiranos, amparados ellos y él por amplios sectores bienpensantes de la patria. Rubricó portentosas concesiones a la United Fruit, que enriquecieron a esta empresa, y la empresa le enriqueció a él y a su camarilla y a sus muchos partidarios, como es lógico. Gustaba de desplazarse por el país, rodeado de notables que le preparaban reuniones multitudinarias de campesinos indios, ante los que leía discursos que clérigos y juristas le habían confeccionado, discursos en los que pedía humildad, resignación y prácticas piadosas; llegó a declarar a un asombrado periodista inglés que "es bueno que el pueblo no tenga nunca dinero en el bolsillo, pues se emborracharía y nos echaría a puntapiés a mí y a la gente honorable...".

Nicaragua ofrece, entre muchos y variopintos ejemplares insólitos, dos casos especiales. Adolfo Díaz, oscuro tenedor de libros de una empresa minera norteamericana, fue elevado por ésta y por un importante sector de la burguesía capitalina al sillón presidencial: fue el clásico mandado; su entorno le fomentó su natural crueldad y desprecio por la vida de los demás, que segó a rienda

suelta, un criminal grisáceo. Otro es el perfil de Anastasio Somoza: también oscuro en sus inicios, ya que nunca superó la escuela primaria, y que, antes de lucir en todo su esplendor, fue tahúr, árbitro de béisbol, falsificador de moneda y trucador de contadores; mucha gente le adoraba, pues practicaba el más burdo populismo; entre sus inolvidables hazañas se cuenta la de ser quien ordenó el asesinato del héroe nacional nicaragüense Augusto César Sandino; ya en el poder, sus crímenes se hicieron incontables y sus robos y



AVALLONE

los de muchísimos de sus patrocinadores fueron clamorosos. Somoza murió en un atentado y le sucedió su hijo. Esto ya es historia casi reciente, pues luego vino la revolución sandinista y ahora el Gobierno democrático de Violeta Chamorro.

En República Dominicana, Rafael Leónidas Trujillo estuvo en el poder durante treinta y un años y en olor de multitudes; igual que Franco en España. Fue nombrado por sus turiferarios generalísimo, doctor perpetuo, benefactor de la patria, protector de los obreros y así hasta una treintena de títulos inconcebibles, que Hans Magnus Henszenberger se ha tomado la molestia de descubrir y clasificar. Sus fieles cambiaron el nom-

bre de la capital de la república, que de Santo Domingo pasó a ser llamada Ciudad Trujillo. Los desmanes y crímenes cometidos bajo su dictadura llenarían las páginas de la guía telefónica de San Pedro de Macorís, pongo por caso, y quizá me quede corto. Nadie de su entorno se ruborizó ante tanta vanidad y tanto asesinato y tanto robo: el dictador conviene a mucha gente, es el pararrayos de la desvergüenza nacional. Masacrador de inmigrantes haitianos, responsable del asesinato del español Galíndez y repelente y babosa persona, murió sencillamente ametrallado en una cuneta, no sin antes haber aceptado del general Franco el Gran Collar de la Orden de Isabel la Católica. La era del Trujillo. ¡Qué cosas!

Salto a Venezuela y escojo dos perlas y un brillante. Primera perla: el general Guzmán Blanco, llamado por los suyos, que no eran pocos, "el Ilustre Americano", malhechor que aceptó que le rodearan de estatuas que le representaban como un dios griego, tan afrancesado que trató de gobernar Venezuela desde su palacete de París... Segunda perla: el abogado Cipriano Castro, voluble, incompetente, sanguinario, degenerado, obseso sexual, tolerado por sus partidarios ya que, con él, campaban a sus anchas; su perro fiel, Juan Vicente Gómez, le acompañó a que se embarcara hacia Francia, para que allí le curaran; y ya con el barco en alta mar, le puso un telegrama diciéndole que estaba depuesto. Este Juan Vicente Gómez es el brillante que realza a las dos perlas: peón andino, ladrón de caballos, estafador de pobres y adulador de ricos; medró a la sombra de Cipriano Castro, al que dio el pago que se ha reseñado; amplió enormemente la camarilla presidencial; se dejó comparar con Simón Bolívar; permitió y multiplicó todo tipo de desafueros y fue respetado en amplios círculos de la población.

En fin, la lista se haría interminable y es muy penoso manejar tantos libros de historia y tantas enciclopedias. Sí, me dejo casos tan hermosos como lo son los cubanos Gerardo Machado y Fulgencio Batista, antecesores de Fidel Castro, y me dejo al paraguayo Alfredo Stroessner, al chileno Pinochet o al argentino Videla...

Creo que los déspotas ficticios van a seguir en Iberoamérica, pero me temo que no alcancen el nivel complejo, surrealista y esperpéntico del fenómeno del tirano y de su entorno; que diluyan la durísima e hiriente realidad: que se conviertan en un género como el policiaco en el que el asesino suele ser único, abstraído de su contexto social. Los auténticos tiranos, cuyas hazañas y entornos acabo de reseñar, tienen mucha más materia literaria, en bruto, que los personajes de las "novelas de dictador", excepción hecha, repito, de "Tirano Banderas". ●